

Teresa Campos

Etnóloga y artista plástica, creadora del busto de don Pedro Bosch Gimpera ubicado en la entrada del IIA

Rosa María Ramos Rodríguez



Fotografía de Amilcar Izaguirre

Durante su niñez y adolescencia María Teresa de María y Campos Castelló estuvo rodeada de un ambiente familiar que, sin duda motivó que aflorara en ella su doble o triple vocación, que habría de poner en práctica durante el resto de su vida: su pasión por la antropología, su sensibilidad estética artística y su indudable compromiso social. Una situación que marcó su vida fueron los viajes que realizó, entre otros, por los estados de Oaxaca, Chiapas y Guerrero acompañando a su madre Teresa Castelló quien realizaba una investigación sobre los trajes regionales, de modo que como ella decía “fue así como descubrí ese México profundo”. En este contexto, al comienzo de 1968 decidió estudiar –por la mañana– la carrera de Escultura en la Escuela Nacional



de Pintura, Escultura y Grabado “La Esmeralda” y simultáneamente se inscribió en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) para cursar –por la tarde– la carrera de Antropología con especialidad en Etnología. Realizó su primer trabajo de campo en Chihuahua con los rarámuri durante tres meses. Entre lo mucho que aprendió en la práctica antropológica fue importante la experiencia cultural que vivió: en una fiesta de la comunidad la querían casar, a raíz de que bailó con las trenzas sueltas, en lugar de metérselas por abajo del huipil como “las mujeres decentes”.

En la ENAH conoció a Rodolfo Pastor Fasquelle, de origen hondureño y con quien años más tarde se casó. Tuvo tres hijos, Camila, Rodolfo y Jerónimo, los cuales reconocía que eran lo más valioso que había logrado en esta vida. Esta familia con el paso del tiempo creció con la llegada de siete nietos.

Ingresó al Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM (IIA) a mediados de la década de 1970 como Ayudante de Investigación para formar parte del grupo de estudiantes recién egresados de la ENAH que iniciábamos nuestra vida profesional. A Tere Campos, como se le llamaba entre los colegas, la

recordamos físicamente como una persona de talla media baja, de tez blanca, ojos azules y con una larga cabellera que mantenía en dos trenzas que caían más abajo de su cintura, además se caracterizaba por su vestimenta que incorporaba textiles mesoamericanos. Pero lo más importante era su personalidad. Tuve la satisfacción de conocerla, siempre inquieta, humilde, gentil, cooperadora, creativa y con gran entrega social.

Durante su corta estancia en el IIA participó en proyectos de investigación vinculados con la herbolaria, la magia y la medicina tradicional. Publicó en la revista *Anales de Antropología* el artículo “Los animales en la medicina tradicional mesoamericana”. Como artista plástica dejó un valioso legado al IIA. Cuando se estaba construyendo el edificio que actualmente ocupa dicho Instituto, el entonces director Dr. Jaime Litvak King tuvo el propósito de poner a la entrada la escultura del busto de don Pedro Bosch Gimpera, antiguo Rector de la Universidad de Barcelona y distinguido prehistoriador quien fue académico de nuestro Instituto. Dada su formación profesional, el Dr. Litvak le preguntó a Tere si conocía a alguien que la pudiera elaborar, pero ella con entusiasmo se ofreció a realizarla. Jaime Litvak

confió en sus capacidades, así que con todo profesionalismo consultó muchas fotografías de don Pedro y mantuvo entrevistas con la familia Bosch. Finalmente logró crear la obra ubicada a la entrada de Instituto. Recuerdo que con gran satisfacción y humildad me platicó lo complacida que quedó la familia de don Pedro, pues consideraron que la expresión facial que proyectó en su obra era tal como el Dr. Bosch la presentaba en vida. Desafortunadamente Tere Campos no pudo permanecer mucho tiempo en el IIA ya que tuvo que renunciar para residir en Honduras, aunque pronto regresó a México.

En México, inició su trabajo de tesis titulado “La salud y el amor en el occidente de Honduras”, pero su matrimonio con un hondureño la llevó a trasladarse continuamente de un país a otro. En uno de esos viajes que la familia realizaba en automóvil hacia Honduras, el borrador de su tesis estaba dentro de una maleta colocada en el techo del vehículo. Con gran sorpresa Tere se dio cuenta que cerca de Tehuacán, en la Ventosa, la maleta cayó sin que se percataran de ello. Fue una aventura curiosa y hasta increíble que encabezó la madre de Tere. Pues, gracias a su perseverancia, después de poner avisos en las comunidades aledañas, la



*Teresa de Maria y Campos y Jaime Litvak
Fotografía de Arturo Romano - Fondo Juan Comas.*

pudo recuperar. Después de instalarse en Honduras continuó trabajando en el tema para finalmente concluirlo, sin embargo, posiblemente por las múltiples actividades y compromisos laborales que adquirió no formalizó su titulación ni publicó el trabajo.

En 1986 la familia estableció de manera permanente su residencia en Hon-

duras, entonces su vocación como etnóloga la llevó a continuar visitando muchos pueblos de la zona occidental, Santa Bárbara, Copán, Lempira; entre otros, lo que le permitió adentrarse en las culturas originarias de ese país.

Gracias a su formación como antropóloga, su conocimiento sobre las culturas hondureñas, su preparación en artes plásticas, su manejo de idiomas (inglés, francés, italiano y ruso) y su personalidad a la que hice referencia, dejó un legado importantísimo para el pueblo hondureño.

Efectivamente, Tere vivió más de la mitad de su vida en San Pedro Sula, Honduras, donde engendró a su cuarto crío, como solía decir. Tuvo la oportunidad de realizar el proyecto académico más importante de su vida: la creación del Museo de Antropología e Historia de San Pedro Sula. Durante tres años se dedicó de manera voluntaria, a la restauración de la antigua escuela Francisco Morazán en donde se ubicó el museo, así como al diseño de los espacios y el mobiliario. Dirigió y participó en todo el trabajo museográfico,



Colaboradores. Fotografía del Museo de Antropología e Historia de San Pedro Sula, Honduras



sin descuidar la promoción de recursos para lograrlo. El museo abrió sus puertas en 1994 y desde entonces hasta su fallecimiento fue su gran promotora, directora, museógrafa, entre otras actividades, siempre teniendo presente que las metas de la institución eran las de proteger el patrimonio nacional, educar y divulgar la cultura de los diferentes grupos asentados en valle de Sula a través del tiempo, así como fomentar la investigación y re-

forzar la identidad cultural. Por su entrega al museo, trato incluyente, su actitud, siempre abierta, poco usual en Honduras, inmediatamente después de su fallecimiento recibió múltiples expresiones de reconocimiento y cariño por muy diversos sectores de la población hondureña.

Tere, mexicana-hondureña, tu misión ha sido cumplida. Te recordaremos con admiración y cariño.

Ciudad Universitaria, agosto de 2023

Revisión: Ada Ligia Torres Maldonado

Corrección de estilo: Adriana Incháustegui López